

DEMOCRACIA CRISTIANA, ¿RESTAURACIÓN O LIQUIDACIÓN?

POR

JOSÉ DE ARMAS DÍAZ

En todas las intervenciones que a ésta han precedido ha quedado bien claro que el mundo está impregnado, aunque a veces no lo parezca y nos acosen muchos peligros, de occidentalidad cristiana.

La Europa bautizada que surge de la Edad Media asperjando el agua bendita, unas veces con los hisopos y otras con los pomos de las espadas, a oriente y occidente, al norte y al sur, acabó por imponerse como modelo al predicar la verdad vivida, que para siempre ha llegado a empapar a la humanidad.

"Para siempre" no es una apreciación optimista, ni una ilusión que trate de quitar hierro al drama constante de la lucha entre el bien y el mal y cerrar los ojos con la estupidez de los tontos alegres a la presencia del Maligno; para siempre es una profesión obligada por la fe y sostenida por la esperanza que nos ha de impulsar a forzar la voluntad: "Las puertas del infierno no prevalecerán sobre Ella".

Si a los muscos profanos de toda Europa, incluida nuestra patria, les quitaran las obras de arte (que son la plástica de toda cultura) sagrado, producto de los latrocinios perpetrados contra el patrimonio de la Santa Madre Iglesia, quedarían reducidos a la más mínima expresión.

Aunque las sotanas y las dalmáticas, las mitras y los báculos (muchos de ellos auténticos, por cierto) ya sólo se vean por las calles en los desfiles de carnaval, la cristiandad subsiste.

Aunque los deshumanizados rascacielos pujen por desafiar las leyes de la gravedad, aún seguirán destacando las agujas de las catedrales.

Toda nuestra civilización está construida, desde el calendario que marca los tiempos hasta cada una de las conciencias personales (ya sé que es una redundancia, porque no hay conciencias sino personales, pero quiero recalcarlo) sobre bases cristianas y más concretamente católicas.

Es de rigor por otra parte hacer esta precisión cualificadora, porque la Iglesia Católica es cristiana, pero sabemos que ya no se entiende que todo lo cristiano haya de ser necesariamente católico.

Efectivamente, no es casualidad y sí causalidad, que en el momento en que empieza a cuestionarse la integridad de la Iglesia y de la verdad católica, sea cuando comienza a diluirse la idea de la cristiandad social, efectiva, militante, sostenida a partir de entonces —casi exclusivamente— por la monarquía hispánica, que suscitó la Contrarreforma.

A aquella primera gran revolución de soberbia religiosa del siglo xvi, habrá de suceder en el xvii la filosófica, cuya petulancia y errores provocaron en xviii la revolución política y todas las que suceden.

Es importante que se recuerde siempre esto porque parece incuestionable —como nos decía anteaer Fernández de la Cigüña con su característica emotividad— que la Revolución, como el mal, es una sola, y la evolución de las ideas es su progreso, y el progreso de la Revolución nos pone de bruces ante sus últimas consecuencias, y la última consecuencia es el dogma democrático que hoy se enseñorea de la llamada conciencia colectiva de la sociedad.

Pero ¿qué es conciencia colectiva? Sustancialmente nada. No obstante, fijense ustedes hasta qué punto ha llegado la desfachatez revolucionaria de “conciencia colectiva”, que en nuestra expresión dialéctica ya no queda hueco para el enunciado de la verdad, porque su mero concepto se ha relativizado hasta el extremo de que ya no se admite ni su nombre: “Esa será tu verdad” se nos espeta desde que la mencionamos, y además se nos

reprocha la pretensión de poseerla. Claro que ello no es más que la lógica consecuencia de la fe, la cual en el concepto moderno se tiene por fanatismo.

Ese empeño de arrinconar a la verdad, precisamente a la verdad, como un efluvio caprichoso y subjetivo de la conciencia individual, y convertirla por tanto en opinable, es el ejemplo más patente de la enorme mentira en que se basa la pretendida conciencia colectiva que sustenta a la democracia.

Ya lo dijo un filósofo bueno (yo lo leí casi en la niñez, reproducido por Pemán) más o menos así: que una mentira repetida un millón de veces, no deja de ser una mentira. En todo caso lo colectivo es la mentira. Sustancialmente nada, porque por lo menos es ausencia, ausencia de verdad.

Sigamos con el padre Ramière la táctica empleada: "El enemigo ha recurrido a una estratagema infernal. Se ha dirigido a los defensores de la ciudadela y les ha confiado el cuidado de demoler las fortificaciones y de abrirles las puertas. No obstante, para obtener de ellos este concurso, se ha guardado de proponerles abiertamente una traición, que su lealtad hubiese rehusado. Ha apelado a su generosidad; les ha persuadido de que, si tenían el deseo de defender la ciudadela, sus adversarios tenían el mismo para atacarla y que la justicia exigía que en lugar de emplear todas sus fuerzas en rechazar los ataques, tomasen la defensa del derecho de los asaltantes. La intriga ha tenido demasiado éxito: en el seno de este ejército, cuya unión le había hecho invencible, se ha formado un partido numeroso que ha adoptado como grito de guerra la libertad del ataque; y aquellos que no han querido enrolarse en ese partido se han visto expuestos más de una vez, por parte de sus hermanos de armas, a una hostilidad más agria que los mismos enemigos".

¿Qué diría Ramière en nuestros días, ciento treinta años después?

Todo ello se ha conseguido por la ejemplar constancia revolucionaria, que para compensar la imposible lógica de sus argumentos ha conquistado los principales medios de comunicación para hacer una constante propaganda que ha logrado envenenar

al mundo católico. Para esto fue necesario confundir en primer lugar el lenguaje.

Rafael Gamba, en su precioso libro *El lenguaje y los mitos*, nos lo explica perfectamente: "La misteriosa eficacia del lenguaje para la confusión de las almas y para la dispersión de los pueblos aparece en los orígenes no menos claramente que, como reverso, su necesidad para explicar la formación del pensamiento y de la comunicación humana, ¿se habla otro lenguaje porque se piensa y se siente de otra manera? Parece lo más natural. Pero cabe también pensar que, en gran parte de los casos, si se cambia de pensamiento y de sensibilidad es porque se habla otro lenguaje." Y más adelante sigue: "En el capítulo 11 del *Génesis* encontramos una famosa referencia al lenguaje como medio de confusión mental y de dispersión: «No tenía entonces la tierra más que un solo lenguaje y unos mismos vocablos. Y los hombres se dijeron: edifiquemos una ciudad y una torre cuya cumbre llegue hasta el cielo. Y descendió el Señor y dijo: He aquí que han empezado esta obra y no desistirán hasta llevarla a cabo: confundamos aquí mismo su lengua de modo que uno no entienda lo que habla el otro. Y así los esparció Dios por todas las tierras y cesaron de edificar la ciudad, de donde se dio a esta el nombre de Babel o Confusión porque allá fue confundido el lenguaje de toda la tierra»".

Y aún añade Gamba: "Cambiar de lenguaje es cambiar de alma. Porque las palabras no son sólo vehículos para la expresión de realidades concretas o de ideas, sino que poseen un poder reactivo sobre el espíritu, no ya en su mismo significado, a veces complejo y matizado, sino en la carga emocional que conllevan", para concluir: "demócrata, que significa el conjunto de todos los bienes sin mezcla de mal alguno".

De esa degeneración y disolución de significantes y significados deriva la mítica entelequia de la voluntad general que quiere justificar el sufragio universal y ha conformado el dogma democrático moderno que sufrimos.

No nos interesa enumerar aquí, aparte de que sería imposible, los diferentes tipos de democracias que han existido. Eugenio Vegas en sus *Consideraciones sobre la Democracia* hace

un estudio minucioso de muchas y, como ejemplo, vamos a poner un solo dato histórico: "Demetrio de Falero, poco después de asumir el gobierno de Atenas, hacia el año 310 a. de C., ordenó que se efectuara un padrón o censo de los habitantes de la ciudad. Los resultados que arrojó fueron los siguientes: Veintinueve mil ciudadanos, diez mil extranjeros y cuatrocientos mil esclavos". De manera que como en aquella democracia primigenia los únicos que tenían derecho a voto eran los ciudadanos, de 431.000 habitantes, sólo podían votar 21.000, o sea el 4,8%. Compárese este dato con la actual democracia cubana en que nadie puede votar nada; o piénsese en el ascenso y mantenimiento en el poder de Hitler, apoyado por la mayoría; o con cualquier democracia moderna en que todo el mundo vota. Da igual, todo son democracias. Por todo ello, por sus principios y sus consecuencias no puede extrañarnos que, sin hacer distinciones, el mismo Vegas repitiera hasta la saciedad: "La democracia es el mal, la democracia es la muerte".

Hay que confesarse demócrata, se piense como se piense, y entonces comenzarán a oírte, te llames Arzallus o Castro, Borbón o Allende, Carrillo o Pujol, con tal que profeses el principio de totalidad democrática que ha sustituido al principio de totalidad cristiana, al principio de totalidad católica.

Sería por lo tanto baladí hacer inventario aquí de otros supuestos de remotas posibilidades democráticas lícitas que en la historia han sido y que la modernidad ni siquiera se plantea.

Repásese si se quiere (y se debe de querer una y otra vez) las doctrinas de los papas en las encíclicas de Pío IX, León XIII, San Pío X, Benedicto XV y Pío XI al respecto y se verá que por mucho que se busque, están cerradas definitivamente los caminos para la democracia a que nos referimos.

Nos estamos refiriendo, pues, claramente a la democracia de la voluntad general que pretende la suma de las voluntades individuales como si las potencias del alma pudieran someterse a la aritmética; a la que se sostiene en el mito de la conciencia colectiva y está hoy consagrada como origen de todo poder en casi todas las constituciones políticas que proclaman al pueblo soberano sin limitaciones; a la que basa en la voluntad humana los

atributos divinos y como lógica consecuencia desprecia y rehuye el reinado social del único hombre Dios de la historia.

El problema de este desprecio no es de conciencia individual, que eso podría arreglarse en un confesonario, si se encuentra un buen confesor. El problema es público y notorio, es colectivo y no es, ni mucho menos, ajeno a la Democracia Cristiana.

A la opinión pública, por ejemplo, apenas han extrañado, porque ya se tiene por muy natural, las recientes declaraciones del flamante presidente del Congreso de Diputados, el cual preguntado por un periodista si su adscripción a una conocidísima Obra de la Iglesia lo condicionaba en algo para el ejercicio democrático de sus funciones públicas, contesta sin el más mínimo sonrojo, que una cosa son sus convicciones personales y otras completamente distintas las políticas. Pocas veces se ha oído en los últimos tiempos tamaña declaración pública de irresponsabilidad.

Llevan el señor Trillo, la Democracia Cristiana, el liberalismo católico y la Obra que lo sustenta y apoya ciento treinta años de retraso, porque el P. Ramière parece contestarle precisamente a él: "¿Qué es, pues, el liberalismo católico? Es una forma mitigada de liberalismo absoluto. El liberalismo católico no está, ni mucho menos, tan lejos de este último; pero hace a ese monstruoso error concesiones que bastan para destruir la integridad de la fe cristiana. No niega que exista una verdad absoluta. No discute la divinidad de Jesucristo y la autoridad de la Iglesia. Pero está de acuerdo con el libre pensamiento en reducir la fe en estas verdades a la esfera de la conciencia individual. Frente a la sociedad y al poder que la gobierna, la verdad no tendría, según él, otros derechos que el error. En una como en otro, el poder público no debería ver más que opiniones, cuya libertad debería proteger, en tanto que éstas no recurriesen a la violencia para entorpecer las opiniones contrarias. Así, a los ojos de los liberales, sean católicos, sean anticristianos, la ley debe ser atea, es decir, que no debe ocuparse de Dios, como si no existiese. En su fuero interno, como cristiano y como hombre privado, el magistrado puede creer en todas esas cosas; pero como magistrado y en el ejercicio de su autoridad debe conducirse absolutamente como si no cre-

yese en nada de ello. La teoría liberal exige, pues, que todos los cristianos que participen en las funciones públicas tengan dos conciencias: una conciencia individual, según la cual conformarán a la ley de Dios todos sus actos, y una conciencia pública, que les permite prescindir totalmente de esta ley en el cumplimiento de sus funciones. Como cristianos irán a misa, y como magistrados sentenciarán un divorcio..." y más de veinte mil abortos que ha habido en España desde que su partido la gobierna.

Hace ya también muchos años el magistral Roca y Ponsa en su libro *Cuestiones candentes*, afrontaba el asunto de esta manera:

"En realidad ni la religión puede desenvolverse sin tener en cuenta la política, y aún sirviéndose de ella como de instrumento o medio para conseguir su fin; ni la política de la religión, por la razón general que nada hay en la tierra que pueda prescindir de la religión, porque esta abarca a todo el hombre aun en su vida de relación; porque nada tiene que no lo deba a Dios, nada que no deba someter a Dios; y por otra razón especial: porque el arte de gobernar pertenece al orden moral y el orden moral es parte principalísima de la religión; ni es posible sin religión gobernar bien.

"Distinto es el cuerpo del alma; no pueden confundirse estas dos substancias; ni el cuerpo es espíritu o espiritual de por sí; ni el alma es cuerpo o cosa material. Pero ni el cuerpo puede vivir sin el alma, ni el alma desempeñar, sin un milagro, su facultad sensible, sin el cuerpo.

"Así también, la política sin religión es la política sin Dios, que carece de normas ciertas, autorizadas y obligatorias a todos en el orden moral, sin el cual la sociedad o está debajo de la tiranía o víctima de la anarquía. Y con la anarquía es imposible la vida; a esta negación implícita del orden moral, se sigue la exaltación de la fuerza. De aquí, aquella gran verdad expuesta en un discurso asombroso por su elocuencia en el Parlamento español por Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas, que cuando el orden moral baja, la fuerza sube; y cuando el orden moral sube la fuerza baja, hasta convertirse en instrumento de justicia.

"El Estado es criatura de Dios porque nada existe que no sea obra suya. No hay término medio: lo que no es Criador es criatura obra de las manos del Criador. El Estado es obra de Dios. Debe, pues, a Dios el culto que le debe toda criatura; y entre cris-

tianos, el culto que debe a Cristo. Pesa sobre el Estado la obligación de reconocer el supremo dominio de Dios, de honrarle y glorificarle, aceptando su doctrina y su ley. Y esto es la religión. El Estado ha de ser religioso.

"Ciertamente no corresponde al Estado dar a los ciudadanos los medios que necesitan para salvarse, esto corresponde a la religión, a la Iglesia. Pero toca al Estado evitar todo aquello que exteriormente desmoraliza o contraría la religión; y favorecer a esta, para que más fácilmente pueda cumplir con su elevado ministerio; que eficazmente contribuye a que los ciudadanos sean buenos, favoreciendo de modo muy notable al gobierno en el desempeño de sus funciones.

"El Estado con respecto a los súbditos en lo tocante a religión, tiene mucha semejanza con la misión del padre de familia en su facia. No define dogmas, no ordena la disciplina, no legisla lo religioso; pero cuida de que en su casa se guarde la religión, por lo menos de una manera externa."

Tampoco vamos a hacer historia de los movimientos que dieron en llamarse democracias cristianas y con las ambigüedades, tibiezas, silencios y omisiones que le son propias a la democracia e inadmisibles al cristianismo católico, han ido dejando que lo democrático envenene y pudra lo que de cristianos pudieran tener en su intención.

Sí nos importa poner de manifiesto que de la misma manera que no se puede unir el agua con el fuego, porque uno de los dos deja de ser, no se puede mezclar democracia con cristianismo, porque no hay síntesis posible entre una doctrina que se basa en la bondad natural del hombre (negando por tanto el pecado original que sólo borra el bautismo), y otra que lo considera de naturaleza caída y sólo redimida con la sangre de su Fundador, Cristo, que además es el mismo Dios.

Esta utopía viene intentándose desde hace más de cien años (Lamennais fue su precursor) y aún en nuestros días el esfuerzo se renueva. Las polémicas que desde entonces el asunto ha suscitado, leídas a través de los años, son, sin embargo, tan actuales como inamovibles son los argumentos que se le oponen.

La contundencia de los argumentos católicos es incontestable ante la debilidad de los democráticos, pero la persistencia en la

campaña de estos durante tantos años; la lentitud de las respuestas puntuales a nuevos planteamientos revolucionarios que atacan a la cristiandad con la comodidad de la demagogia y la moral de circunstancias; la multiplicidad de frentes heterogéneos con el fanatismo común del latiguillo de las utopías, han llegado a penetrar la sociedad de esa falsa fe.

El progreso de los medios de comunicación de masas y su dominio por parte de los demócratas, sometiendo a la conspiración del silencio a la voz de la verdad, han obrado el resto.

Los móviles o intenciones del intento pueden colegirse por inducción de los resultados. Es casi imposible que a la vista de éstos, a estas alturas pueda pretenderse ignorar la iniquidad que para la cristiandad suponen. Pero no vamos a juzgar a las personas y sí a los hechos. Y es un hecho que la democracia no se ha cristianizado en absoluto y es otro hecho que la cristiandad se ha democratizado.

Por fin tenemos que reconocer dolorosísimamente que, creada la ficticia conciencia colectiva de que hablábamos y dominada la opinión pública, la Revolución fue situando a sus peones dentro de la misma Iglesia hasta lograr, hace algo más de treinta años, copar sus estructuras y neutralizar desde dentro toda reacción posible y necesaria, hasta extremos vergonzosos, dramáticos y cada vez más escandalosos.

El vendaval demócrata-cristiano arrastró primero los símbolos: volaron la tiara y la silla gestatoria, las sotanas y los púlpitos, los confesonarios y los comulgatorios. Después se llevó algo más serio: el rito tradicional del Santo Sacrificio de la Misa y detrás una multitud de curas y monjas seguidos de infinidad de fieles. Su fuerza satánica —¡no nos engañemos!— intentará agotar nuestra resistencia y arrastrará todo lo que no tengamos bien atado; y si desfallecemos, también a nosotros.

Porque no se trata ya solamente de actitudes aisladas de tibieza, contempORIZACIONES puntuales, tolerancia estricta (como siempre la hubo); sino de la aceptación oficial y generalizada del error y la herejía, que está arañando el mismísimo corpus doctrinal de verdades eternas.

No se nos diga, pues, a estas alturas, como argumento tranquilizador que Dios escribe derecho con renglones torcidos, porque eso puede suponer el adormecimiento de responsabilidades vivificadoras, que por otra parte se ponen hoy más que nunca sobre nuestros hombros de militantes seculares.

La tradición, que por propia definición lleva implícito el dinamismo, el progreso y la búsqueda de renovaciones lícitas, en tiempos de confusión y mudanza como los presentes, ha de permanecer en alerta constante, fija, anclada radicalmente a las verdades definidas que no admiten contradicción ni correcciones, para no perder las referencias consolidadas y eternas que nos sirvan, cuando pase el torbellino, para retomar y restaurar el único sentido, cristiano y católico, de la historia.

Con la humildad y la fe de Santa Teresa de Jesús no hemos de pensar siquiera que poseemos la verdad, sino que ella nos posee... y dejarnos poseer por ella.